

## *LA HOSTIA SANTA, EL CORAZÓN DE JESÚS Y SU PRECIOSA SANGRE*

Son visibles las relaciones que unen estos tres objetos, como se trata de una misma persona, considerada bajo tres conceptos y esta persona es el Verbo humanado.

Suaves y útiles reflexiones, sin embargo, de aquella comparación y paralelo, porque a favor de las diversas fases de asunto tan grande es cómo puede el hombre penetrar en su fondo y aquilatar algo de lo infinito que allí se oculta.

En la Sagrada Hostia resalta el sacrificio; en el Corazón de Jesús se anida el amor de Jesús a los hombres; en la Sangre preciosa, el precio de la redención. En la Hostia la persona del Señor se inmola y como que se anonada ante la augusta persona del Eterno Padre para redimir a su hermanos; el Corazón de Jesús es el horno encendido en que se dispone y acrisola en la llama de la caridad aquel sacrificio, reproducción mística del que tuvo lugar en el Calvario, y la Sangre es el amor de Jesús realizando la profecía de los Salmos: “Me he derramado como el agua”.

La Hostia es el objeto ofrecido por Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, para la redención del mundo pecador y en sentido místico y elevando la Hostia es santa y eterna, en cuanto se ofreció el Divino Verbo de toda la eternidad, para gloria de Dios y salud del linaje humano, al paso que el Corazón de Jesús es un objeto criado y que comenzó a latir en cierto tiempo para bien de la humanidad, y continúa latiendo en el altar con el propio amor que abrigó desde el principio y con el que se hospedaré eternamente en el pecho divino.

[...] Los tres asuntos se compenentran en la esfera devota y sólo con el prisma del análisis, pueden diferenciarse y servir, para que el cristiano ahonde más y más en esta dulce y consoladora verdad, de que Jesús reservó para los últimos tiempos entregarnos (por expresarlo así), su Corazón, inspirando en aquellos días una nueva tendencia al espíritu católico, a adorarle en su sacratísimo Corazón; y en la Sangre preciosa nos da a venerar el precio de la salvación.

[...] Nuestro propósito al meditar sobre este asunto, no fue el buscar analogías y diferencias, sino sondear desde la orilla estos diversos ríos, que son uno mismo, para arraigar su aprecio en el corazón del lector y acrecentar en él la devoción a la segunda persona de la Beatísima Trinidad, que por nosotros se ofreció en holocausto en la Cruz, cual Hostia purísima y que perpetuó este misterio en el altar, legándonos allí la rica joya de su Corazón amantísimo, que se nos entrega en la sagrada comunión.

El Sacramento, como que reside en la Hostia; el sacrificio, en la esfera del que le ofrece, sale del corazón adorable de Jesús; la comunión nos une a la Hostia y nos da parte en el sacrificio.

*( L.S. Tomo. VI, 1875, págs.207-208 )*